

# ARTE, EDUCACIÓN Y MUSEOS

Educadores en acción



**MUNAL+  
EDUCA**  
Arte y Educación



**Jornadas DIM  
Museo Nacional de Arte, 2019**



**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA



**INBAL**

## Introducción

El Departamento de Educación del Museo Nacional de Arte se integra, en el marco del Día Internacional de los Museos, al tema: *Los museos como ejes culturales. El futuro de la tradición*. Para ello se coordinaron jornadas de reflexión con conferencias y talleres, donde los participantes contactaron con el museo y la educación, derivando nuevos vínculos entre el MUNAL y sus diferentes públicos.

Se planteó asimismo una publicación digital que integrara textos reflexivos sobre el papel del museo, el arte y la educación, así como el futuro de nuestras acciones. Las participaciones abordarán la construcción de nuevas experiencias de aprendizaje, reflexiones sobre la educación patrimonial, nuevas formas de interacción, así como los logros y retos que enfrentamos frente a la construcción de museos más incluyentes.

Iniciamos con un texto anónimo que trata las *Reflexiones de un educador de museos* sobre el papel de la educación y los educadores en este proceso de interacción con los visitantes, desde una postura como espacio de encuentro social, trascendiendo la visión del museo centrado en el «continente y contenido». *¿Por qué hablar de buenas prácticas en educación en museos?* de Patricia Torres Aguilar Ugarte, propone abordar acciones y proyectos que los museos necesitan implementar para establecer programas públicos que sean más participativos, dinámicos y reflexivos.

*Algunas digresiones en torno a la transformación museal* de Germán Paley versa sobre la práctica educativa, la posibilidad de repensarnos y transformar la forma de ver el museo, sus colecciones y a los propios visitantes como entes activos y participativos.


*Una reflexión histórica sobre el Departamento de Educación del Museo Nacional de Arte* de Eduardo Ysita Chimal, Arturo Pérez Cerón y Patricia Torres Aguilar Ugarte, se enlaza con la propuesta renovada del área de educación MUNAL + EDUCA y sus programas públicos: visitas, laboratorios de arte, experiencias, comunidad, museo expandido, formación, inclusión y encuentros; donde conoceremos sus fundamentos, objetivos, tipos de proyectos y ejemplos del quehacer educativo durante 2019.

Carmen Gaitán Rojo  
Directora Museo Nacional del Arte

## *Reflexiones de un educador de museos. Un espíritu que puede ser el de todos*

“La escritura, cuando está bien hecha (como estarán seguros de que yo mismo pienso que está la mía), no es sino otro nombre para una conversación: Igual que nadie que sepa que está en buena compañía, se aventuraría a decirlo todo; así ningún autor, que entienda los correctos límites del decoro y la buena educación, podría presumir que fuera a pensarlo todo él: el respeto más auténtico que puedes ofrecer al entendimiento del lector, es el de repartir la cuestión en dos, amigablemente, y dejarle algo que imaginar, por turnos, igual que a uno mismo.” *Life and Opinions of Tristram Shandy*, Gentleman, Laurence Sterne, 1759 (Libro II, Capítulo XI)





Este epígrafe proviene de uno de los textos realizado por Laurence Sterne que amablemente com-parte con todos nosotros. A cambio de ello, el colega nos solicita que permanezca en un espacio y tiempo intermedio, en un punto de inflexión, desde un espacio físico y virtual del museo en el que lo ve todo y en el que pasa inadvertido; un lugar privilegiado desde el que se desdobra, se convierte en un solo educador y a la vez en el espíritu de todos nosotros, allá en cualquier parte del mundo.

Sus palabras van más allá del tipo de museo, de los años de experiencia o latitud a la que pertenezca. El colega nos invita a reflexionar y poner en la balanza quiénes somos, qué hacemos, dónde estamos parados y hacia dónde queremos llegar.

Hoy en día, definir lo que es un museo es algo complejo que va más allá de la idea de «continente y contenido», de formatos o funciones. En cualquier explicación, por amplia que sea, hay aspectos y modelos que se quedan fuera.

Al ser un concepto tan amplio, me gustaría en la loca idea que es: *un espacio de encuentro social que forma parte de la construcción de identidad comunitaria, emocional, cultural e histórica; del museo como un espacio de reflexión y diálogo con uno mismo y con un acervo patrimonial.*


En otras palabras, ver desde el lugar en el que nos encontremos, cómo la institución funciona, a manera de un ecosistema complejo, con múltiples planos de lectura y significado.

Entender el museo como un ámbito de definición limitada y estática, frente a una interconexión de significados que establecen una realidad dinámica, es restringirlo únicamente a su «continente y contenido», olvidando así a las personas y a las comunidades que le dan soporte, por y para las que existe.

Esto convierte al espacio en una lección magistral, donde se entiende al otro como un elemento pasivo, situándolo en la parte baja de una jerarquía en la que debe recibir y absorber ese discurso.

Ejemplo de ello es poner el foco de atención en un conocimiento prestablecido y jerarquizado, esto es, en un grupo que define un modelo único y determina al otro en una situación de desigualdad e inferioridad, excluyéndolo y apartándolo.

Este posicionamiento, genera una ruptura con el público, debido a que el discurso decide por este último, creando un espacio ajeno e incómodo; la institución se convierte en un acto de consumo cultural, un espacio para recibir conocimiento y acercarse a la élite intelectual.



Por fortuna, cada vez menos gente, en el ámbito profesional de la educación en museos, acepta una lectura en la que se establece un diálogo con el otro a pesar de las diferencias... ¿o no?

A partir de esta mirada, la educación y el museo deben ser espacios para la relación y encuentro, desde las posibilidades de ser de cada uno de nosotros:

Entiendo el museo no como un espacio de conocimiento dado, sino como un lugar para el encuentro, el descubrimiento, la sensación, la emoción, la experiencia, la reflexión, el cuestionamiento, el extrañamiento, la identificación y, en definitiva, para el diálogo y el aprendizaje.

La idea de otredad me ha permitido, como educador de museos, ir descubriendo y cuestionando tanto mi rol profesional como las prácticas educativas de las instituciones en las que he trabajado y conocido. Un aprendizaje que me ha llenado de preguntas más que de certezas, y que me ha permitido crear espacios de diálogo, discusión, y abrir las posibilidades y los rumbos factibles.

El contacto con las personas me ha hecho preguntarme:


¿Para qué viene la gente al museo? ¿quiénes vienen y por qué vienen? ¿quiénes no vienen y por qué no vienen? ¿qué piensan? ¿quiénes son? ¿cómo es su vida? ¿qué cosas les interesan y qué necesitan del museo y de mí como educador?

Todos los que trabajamos en el área de educación en los museos, nos hemos, en algún momento, hecho éstas y otras preguntas, que han transformado nuestra práctica, en la medida en que la flexibilidad y permeabilidad de los contextos e instituciones han dado espacio a esos cambios.

Somos herederos de ese acervo en educación y museos que comienza a principios del siglo XX y que tiene un importante capítulo en la década de los sesenta. Nuestra generación, la del siglo XXI, intenta renovar, ampliar y transformar esa herencia en algo acorde con una sociedad permanentemente en crisis. Una comunidad que necesita hacer del patrimonio y de la cultura algo más que un pro-ducto de consumo y, en lugar de ello, desarrollar su potencial como herramienta para la renovación social.

Las experiencias en el ámbito de la educación en museos son incontables y muy valiosas. Por ello, me gustaría que nuestras herramientas pedagógicas llegaran a trascender y ampliarse a través de lo andragógico, junto con los principios de participación, horizontalidad y flexibilidad.

Un corpus de conocimiento que podamos ver recogido, compilado y formalizado, al grado de asombrarnos a nosotros mismos por su extensión y por las posibilidades que abre.



Al dialogar con colegas en jornadas y congresos, me he dado cuenta que nos hace falta cierta autocrítica. Situación que me lleva a pensar que vivimos en el miedo a que nuestras prácticas sean cuestionadas. Esto nos conduce, por un lado, a la edificación de una narración exitosa, y por otro, a olvidar el valor del error como eje del conocimiento.

Considero que la reunión que pendiente es aquella que habla sobre las experiencias fallidas, los errores de cálculo, la decisión por encima de los otros, el desacuerdo entre objetivos y logros. A veces nos pesa lo institucional o la necesidad de justificar lo vivido, y se nos olvida la grandeza del error como herramienta de aprendizaje. Una toma de conciencia sincera y real que nos permita hacer reflexión sobre el por qué y cómo de esas prácticas.

Creo que de ahí nace el extrañamiento que se da a veces entre nuestros supuestos teóricos y realidades prácticas. Entre lo que pensamos, decimos, hacemos y contamos.

Con base en mi experiencia, la mayoría de nosotros los educadores, hemos trabajado entre el margen de lo dado y lo posible, moviéndonos en procesos de acción, situados entre la voluntad de mejora y transformación, y la inmovilidad y la inercia de otros elementos del ecosistema del museo o fuera él.

He conocido museos con gran afluencia de público, desde la curaduría y la dirección hay una clara intención de generar experiencias dialógicas y de reflexión con el visitante, esto es, cuestionar el propio discurso institucional. Sin embargo, en muchas ocasiones, resultaban proyectos fallidos porque la realidad que se escondía tras el número de visitantes, era cumplir con la tarea que los maestros les dejaban a los alumnos: mostrar su asistencia en la institución a través de la copia de cédulas y toma de fotografías.

Entonces me pregunto:

¿No deberíamos plantear un proceso de encuentro, crítica y transformación en nuestras prácticas, con esos profesionales que nos entienden como un recurso en su quehacer cotidiano? Si la transformación de nuestras prácticas no va de la mano con los ámbitos profesionales, ¿sirven de algo?

¿Debemos seguir creando instrumentos sin contar con la realidad de los contextos de las personas que los van a usar? ¿No deberían ser las dinámicas de mediación una parte fundamental de los discursos expositivos? ¿Cómo deben ser las labores de mediación y recursos para dar lugar y espacio al diálogo con el otro en la crítica y cuestionamiento?

Éste es el segundo de los textos que un colega ha elaborado y que amablemente comparte con todos nosotros:

He podido comprobar que esa reflexión sobre el propio desempeño y la idea de transformar las prácticas, dando mayor espacio al otro como sujeto protagonista y experto en su propia vivencia, no pertenecen sólo al mundo de la educación en los museos. Son reflexiones que están presentes entre los profesionales de la enseñanza, la cultura, lo socio-comunitario, el sector salud e incluso en el ámbito político. ¿No deberíamos generar redes interdisciplinarias que fomentaran la independencia y el liderazgo de nuestros públicos? ¿No deberíamos plantear y acompañar a las personas en el camino a conocer los recursos y posibilidades que les ofrecen las instituciones y la cultura? ¿Es real pensar que alguien nos va a usar cuando no se le ha permitido formar parte del diseño que necesitan? ¿Hemos preguntado qué necesitan las personas o decidimos por ellas? ¿Realmente queremos que tengan voz en el museo o sólo queremos que vengan como nosotros deseamos?

Cuando uno no se encuentra en un espacio para ser, lo normal es la ausencia o la disidencia. Por ello creo que nuestras prácticas pueden ser, o, mejor dicho, han sido un motor de cambio para la institución. Si queremos que esa evolución continúe, debemos replantearnos desde dónde y para quién trabajamos y cuál es el eje fundamental de ese trabajo.


¿Debemos seguir pensando sólo en los contenidos como eje principal de nuestras prácticas o debemos poner en el centro a la persona? ¿Qué otros profesionales y otras prácticas nos pueden ayudar en ese camino de encontrar y transformar nuestro trabajo con el público? ¿Cómo transformar la idea de museo que hemos creado durante años? ¿Cómo mostrarles las posibilidades de la institución y hacerles conscientes de que es un lugar de participación en el que tienen que tener voz?

En otras ocasiones me he encontrado que ha sido el equipo del museo el que ha bloqueado las intenciones de evolución de las prácticas educativas, al entender que esas transformaciones podrían alterar sus derechos adquiridos y funciones. He conocido educadores que, teniendo la oportunidad de participar en los proyectos y vincularse con ellos, han preferido realizar talleres preestablecidos que no se relacionen directamente con ellos o el discurso. Eso me hace preguntarme:

¿Cómo estimular y romper inercias en los equipos de trabajo? ¿Qué hacer para entusiasmar e involucrar en los proyectos al personal de la institución?

¿Cómo generar procesos de autoevaluación que permitan romper esas inercias adquiridas? ¿Cómo generar las transformaciones desde el diálogo y la participación?

Otro de los problemas que surge a menudo es la precarización del sector. En numerosas ocasiones la formación, cuando la hay, está en manos de investigadores académicos que cuentan con poca o ninguna experiencia profesional en la educación en museos.



En ocasiones, la indefinición de dicho perfil, conlleva a que la figura del educador de museo sea limitada, ya que queda a expensas de subcontrataciones: colaborador externo o *freelance*.

Dentro del mismo colectivo surgen figuras como la del artista educador que, aunque enriquecen el panorama de trabajo, a veces crean más confusión en un ámbito y rol que no acaba nunca por definirse y consolidarse a nivel institucional.

¿Cuál debe ser el perfil profesional de un educador? ¿La figura del educador o mediador no debería ser definida en cualquier institución pública de tipo cultural? ¿Dónde está la formación académica para el ejercicio del rol del educador de museos? ¿Las áreas de educación de los museos no deberían tener un peso específico en ese perfil formativo? ¿La práctica no debería ser una parte fundamental de las mismas?

Por éstas y otras cuestiones existe una gran contradicción entre muchos de nuestros discursos teóricos y prácticas educativas. Cada vez apoyamos más la participación y que sea el visitante el que construya la experiencia en el museo. Hablamos de fomentar el liderazgo, de generar espíritu crítico en los discursos no hegemónicos, que la multiplicidad de perspectivas ayude a generar aprendizajes significativos y conviertan al museo en un espacio social y democrático. Un discurso que no se ve reflejado en la realidad.


Asimismo, no hay que olvidar a las personas con diversidad funcional, intelectual, física, psíquica o en riesgo de exclusión.

Todos ellos conforman grupos de población a los que la participación en espacios de prestigio social y cultural, como los museos, permiten ser visibilizados en igualdad. ¿No deberíamos crear diálogos con los profesionales que trabajan con esas poblaciones? ¿La educación en el museo no necesita transformarse en un recurso para la presencia y las necesidades de estas personas y los que trabajan con ellas, igual que lo es para la escuela?

Si hablamos del museo como espacio, crítico, político y democrático, ¿no deberían estar sus voces presentes? ¿No tendría la institución que mostrarnos el valor de la diferencia y replantearnos la idea de normalidad? ¿No es la diferencia una riqueza y un patrimonio?

Desde 2006, con la Convención de Derechos de las Personas con Discapacidad y con la creación del modelo de derechos humanos, se determina que la discapacidad resulta de la relación de un individuo con su entorno, en donde su funcionalidad está directamente relacionada con los ajustes aplicados al medio en donde se desenvuelve. Esto significa que la falta de habilidades no está en la persona, sino en la relación de ésta con un medio que le pone barreras y excluye o, por el contrario, la acepta y le brinda los ajustes para que crezca dentro de su medio físico y social.





Si la relación del sujeto con el contexto es la que genera su condición de discapacidad, ¿a cuántos estamos dejando fuera? ¿Cuál es nuestra responsabilidad? ¿Cuántos contextos de limitación estamos creando a través de la cultura, lenguaje y conocimiento?

Es habitual que los contenidos pedagógicos se conviertan en traductores de la información y del discurso de la institución o del curado, y no en espacios abiertos que generen experiencia. Por ello, es fundamental que las hojas de sala, cedularios y otros materiales sean acotaciones aclaratorias que están en términos que presuponen y esperan un nivel mínimo del visitante.

¿Qué pasa con toda la población que queda fuera de todos esos supuestos cognitivos que damos por hecho? ¿No deberíamos plantear experiencias que sumaran y no que restaran? ¿Lo sensorial y experiencial no son otras formas de conocimiento? ¿No deberíamos dar cabida a otros discursos y entender que también la ciudadanía es portadora de un caudal de experiencia vital que conforma todo un patrimonio cultural intangible?

Siempre he creído que una de nuestras labores es hacer consciente al otro, de que todos somos una porción del acervo patrimonial y que, por lo tanto, tenemos la oportunidad y el derecho de participar y transformarlo.

Por tanto, nuestra obligación es crear y ceder espacios, acompañar al público hasta que pueda establecer un diálogo verdaderamente horizontal.

Creo que es interesante recordar que se hizo la adición al párrafo noveno del artículo 4o. de la Constitución Mexicana:

*Toda persona tiene derecho al acceso a la cultura y al disfrute de los bienes y servicios que presta el Estado en la materia, así como el ejercicio de sus derechos culturales. El Estado promoverá los medios para la difusión y desarrollo de la cultura, atendiendo a la diversidad cultural en todas sus manifestaciones y expresiones con pleno respeto a la libertad creativa. La ley establecerá los mecanismos para el acceso y participación a cualquier manifestación cultural.*

Transformar la idea de que arte, patrimonio y cultura son para todos, y no sólo para una élite.

Para terminar, me gustaría quedarme con las ideas de inclusión, escucha, respeto, duda y transformación, como resumen de estos años y de este viaje.

Y tú, ¿qué piensas?...